

FIFINA

—¿Tú te acuerdas de Fifina?

—¿Aquella muchacha muy guapa y muy estirada que veíamos todas las tardes hace años en un *landeau* paseando por el Retiro?

—Precisamente. Pero ¿sabes lo que le ha ocurrido?... El relato consta de dos partes: la primera puede constituir un estudio de caracteres, tal y como le escribiría un novelista a la moderna; la segunda pertenece al género fantástico, y tiene algo de Perrault y algo de Hoffman. Escucha esto que dividiremos en dos capítulos:

FIFINA EN LA HISTORIA

Desde que tuvo cuatro años la habían vestido con cuidadoso esmero. Su madre, su abuela, sus tías se pasaban la existencia pensando qué color sentaría mejor a la niña, qué tela serviría más para realzar la hermosura de Fifina, para que se destacase el lindo cutis rosáceo de su rostro, en el que dos ojazos azules con enormes pestañas de oro parecían querer escaparse en busca de otra cara mayor por resultar demasiado grandes para la de la niña. El cariño y la admiración familiares habían hecho de aquella criatura un ídolo, al que se ofrecía diario culto en las formas que más pueden fomentar el orgullo y dar desarrollo a la vanidad. Al crecer Fifina creció la pasión que a los suyos inspiraba.

La abuela, una generala del antiguo régimen que había llamado la atención por su belleza en la corte de Fernando VII; la madre—una hermosísima jainona, con el cabello blanco, pero con frescura juvenil en la boca y en las mejillas—que era esposa de un consejero de Estado; la tía Berta, solterona, cargada de años, muy recompuesta y adornada, en cuya cabeza se guardaban las fórmulas y pragmáticas de la etiqueta social, que llevaba un registro de sus amistades y que hacía al año *mil doscientas treinta visitas*; la tía Anita, precioso ejemplar de la devoción de tiro rápido, que madrugaba para rezar y trasnochaba para seguir rezando; el tío Anacleto, vejete bien vestido, ente inofensivo, uno de esos caracteres que abundan en las familias principales, ingeniero frustrado, que se había pasado la vida acompañando por Madrid a sus hermanas solteras, siempre limpio y bien vestido, sujeto de por vida a ajenas voluntades, menor de

edad hasta la muerte, resplandeciendo en todas partes con su esplendorosa inutilidad; el señor consejero, hombre vulgar y afortunado, eterno protegido del presupuesto..... todos los miembros en fin, de aquella familia habían reunido y sintetizado sus aspiraciones en ver, admirar, adorar y reverenciar a Fifina. Su traje y su sombrero eran objeto de grave deliberación familiar. No era posible enojarla porque si lloraba sus lindos ojos se marchitarían. Padre, madre, abuela y tíos formaban la escolta de honor de la gentil niña. Se la educó para el escaparate, para la exhibición, para ser vista, y ella creció lánguidamente sin saber de la vida sino que es una serie de días en que hay que estrenar nuevos vestidos, so pena de renunciar a la gran misión para que el Dios de las modistas nos ha creado.

Su verdadero nombre era Josefina, pero el cariño quiso suavizarlo, hacerle sutil y delicado como un encaje, dulce como un caramelo, amanerado como un figurín: se la llamó Fifina.

Berta pensaba que era necesario que las familias distinguidas se esforzasen por dar de sí frutos perfectos, ideados y concebidos con arreglo al buen gusto social. Miraba en Fifina su obra maestra, una extereorización de un ideal estético mundano. La chica tenía la voz fuerte; se la enseñó a hablar bajo y despacio para disimular aquel defecto. Dos dientes de la encía superior de Fifina resultaban asaz grandes; la criaturita fué sometida cuando cumplió los catorce años a una operación dolorosa en que uno de los príncipes de la odontalgia talló las dos piececitas dentales para que desapareciera la deformidad. Gastóse por arrobas el té en conservar, merced a lociones hábiles, el matiz de oro pálido de la cabellera de la jovencita. No se la dejaba comer de los vulgares platos que engordan y nutren, sino que se la aficionó a una alimentación delicada, en que abundaban los dulces y las gelatinas. Se quiso dignificar en la muchacha el fenómeno de la digestión, con lo que Berta, sin saberlo, porque era ignorante como madri leña de buen tono, plagiaba la leyenda helena, que hacía a las Driadas alimentarse de hojas de rosa y trocitos de panal.

Durante algunos días, la piadosa Anita quiso llevar a su sobrina por el camino de la devoción; pero Berta se opuso, dió una batalla decisiva. Ella comprendía que la iglesia era buena para asistir a las grandes solemnidades.